

# El Porvenir del Obrero

N.º 115

Número suelto 5 cts.

Oficinas: Castillo 59. — Mahón (Baleares)

11 Octubre 1902

Trimestre 1 peseta

## Los enemigos del pueblo

Cuando los pueblos eran religiosos, el cura les hablaba de los enemigos del alma. Después se interesaron en la política, y los jefes les señalaron a los enemigos del partido. Ni unos ni otros les enseñaron a combatir a los verdaderos enemigos, que no son fantásticos como el diablo de los sacerdotes, ni son maquiavélicos personajes como los diablos de la política.

Los verdaderos enemigos del pueblo son la ignorancia y la debilidad.

Los conservadores tienen razón cuando dicen que el pueblo es ignorante.

Parece lógico que comprendiendo esto se deberían apresurar a instruirle, a desengañarle, a hacerle conocer la verdad; pero los señores amantes del orden lo entienden de otro modo. «Son demasiado ignorantes los trabajadores, afirman, para que se les diga la verdad; la mal interpretarían, abusarían de ella; es preciso (quieren decir «nos conviene») que continúen engañados y sujetos a los mismos errores y preocupaciones religiosas, políticas y sociales.»

He aquí, pues, que condenan al pueblo a ser ignorante siempre, sin remedio. Con un poco de ingenio, los partidarios del actual régimen cierran las puertas al porvenir. «Cada pueblo tiene el gobierno que se merece;» y de ahí deducen que, pues el pueblo es necio, merece que le gobiernen ellos. Por otra parte, mientras ellos gobiernen, el pueblo no podrá instruirse, será siempre necio; luego ellos habrán de gobernarle siempre.

El pueblo no tiene la culpa de su ignorancia; pero ha de sufrir las consecuencias.

Afortunadamente, aunque los trabajadores sean ignorantes, no lo son ya tanto que no comprendan que les conviene instruirse, y hacen para conseguirlo algunos esfuerzos, pocos por desgracia, pero que bastan para concebir esperanzas.

Sin embargo, ese deseo es todavía muy vago y generalmente mal dirigido. No procuran los obreros instruirse, sino que piden que les instruyan, lo cual no sucederá nunca, porque los que mandan, las clases directoras, siempre procurarán que el pueblo no sepa demasiado, pues esto les impediría mandar arbitrariamente, cómodamente, con entera impunidad, que es lo que quieren los mandones.

Estas cosas las saben ya muchos, y a pesar de comprenderlo no ponen de su parte lo que deberían para instruirse por sí mismos, sin confiar en los gobernantes. ¿Por qué es esto? Porque la clase obrera tiene otro enemigo tan importante como la ignorancia: es la falta de voluntad.

Los trabajadores son débiles de voluntad por la misma razón que son débiles, por regla general, de entendimiento: porque comen poco y trabajan demasiado.

Pueden los trabajadores conservar las fuerzas

físicas en ciertas condiciones de vida, en los campos principalmente, cuando pueden comer relativamente bien y el trabajo no es fatigoso en exceso. Pero en las ciudades y en algunos campos, los de Andalucía, por ejemplo, la energía física se debilita rápidamente, a medida que el esfuerzo diario es mayor y la comida más exigua. De los obreros de la campiña de Jerez se ha dicho recientemente que eran *esqueletos frescos*, porque han ido perdiendo hasta la figura humana.

En tales condiciones las energías del pensamiento y de la voluntad son nulas.

La ignorancia y la debilidad, aliadas en contra del obrero, le destruyen toda esperanza de redención. Ni tiene energías para quererla, ni sabría cómo lograrla.

Sin embargo, el mundo marcha, el progreso humano sigue su camino. Es porque los males que pesan sobre la clase obrera en general, no abaten a todos los individuos. Hay algunos obreros que no se han debilitado; hay otros que han sabido instruirse, superando energicamente todas las dificultades. El progreso se realiza gracias a estas excepciones.

La salvación de la clase obrera, la esperanza de los trabajadores está en que cada día son más los que comprenden la necesidad de vencer a la debilidad y a la ignorancia, instruyéndose y haciéndose fuertes.

La instrucción del obrero no debe reducirse a aprender a leer y escribir. Su educación no puede completarse en las escuelas. (En las que actualmente nos dan los gobiernos imposible de todo punto.) Es preciso aprender en la vida social, en el taller, en el roce y comunicación de los compañeros. La gran escuela del trabajador es la vida práctica, aasiliándose con el libro, con el periódico, con el conocimiento de las luchas sociales mantenidas hoy en todos los países. Esto está al alcance de todos.

Por desgracia, no es tan fácil hacerse fuertes. El jornal es siempre muy reducido para poder alimentarse bien, y el trabajo es muy pesado en todos los oficios. Pero el obrero puede evitar muchas cosas que le perjudican y procurarse otras que le benefician, sin sacrificio ni esfuerzo, solo con un poco de reflexión y buena voluntad.

Las bebidas alcohólicas, por ejemplo, sabemos todos que son debilitantes. Los bailes en locales poco ventilados, el andar de noche robando horas al sueño, la falta de limpieza, etc., sabemos todos que ocasionan graves menguas en la salud. ¿Por qué no se han de evitar en absoluto?

Se llaman espíritus fuertes y despreocupados algunos porque han salido de la esclavitud religiosa, mientras por otra parte continúan entregados a vicios que les perjudican del mismo modo. ¿Acaso no es tan funesto el beber alcohol como el confesarse? ¿No es tan tonto perder la noche en el casino bailando, como la mañana en la iglesia

oyendo misas? Los que tal hacen no se han liberado; no han hecho sino cambiar un mal por otro.

El otro día dijimos: *seamos egoístas*. Hoy lo repetimos: hagamos lo que nos conviene; no hagamos lo que nos ha causado perjuicio.

Cuidemos de nuestro cuerpo, de nuestra salud, de nuestro bienestar. Ya que conocemos a nuestros enemigos, combatámosles con decisión.

M.

## LO ETERNO

Está visto; ni el derecho del pataleo se nos concede ya a los eternos, descontentadizos del actual orden de cosas.

Al proletariado militante español, ya no le queda otra garantía efectiva para su particular y colectiva defensa, contra las acometidas brutales de los profesionales del *maüser* del sable ó del garrote, que la de su propia y personal defensa, sistema burgués; la de la brutal razón de la fuerza, la más convincente, al parecer, en los actuales tiempos *modernos*.

No queda ya ley escrita y legislada, superabundantemente por nuestros *supers* gubernamentales de hoy y de ayer, que no haya sido atropellada en nombre de sagrados y patrióticos intereses particulares y colectivos.

La Constitución española es letra muerta; los derechos civiles una farsa preñada de inconveniencias y entorpecimientos; la razón individual ó colectiva de los forzados subordinados, pisoteada brutalmente por cualquier mequetrefe galoneado ó no, pero armado caballero moderno de sable ó *maüser*, ó por cualquier licenciado de... (el lector dirá) y con garrote.

En cambio, los deberes del ciudadano, súbdito ó esclavo—es igual—para con el Estado, son obligados é ineludibles; las leyes constitucionales que regulan estos, fuertes é inflexibles.

Así en Cataluña, Galicia, Andalucía, Extremadura, Asturias y en toda España no impera más razón de Estado que la de la negra conciencia de cualquier autoridad civil ó militar; ni más ley que la de la fuerza armada al servicio de los satisfechos; ni más libertad que la de resignarse a todas las eventualidades del obscuro y tétrico presente burgués.

Ni siquiera el derecho de reunión legalizada y con el *visto bueno* de la autoridad por anticipado es respetado.

Lo sucedido en Barcelona (Barceloneta) lo demuestra con toda evidencia. Se permite una reunión obrera, fiscalizada por la autoridad militar y civil, con el deliberado propósito de hacer una *razzia*, provocar desórdenes, asesinar alevosamente a un obrero y herir cobarde é impunemente a otros varios.

¿Y todo por qué y para qué?

¿Por animadversión a toda innovación justa, razonada y humana en el orden de las ideas que obsesionan a todos los maldicientes del *statu quo*, de la inmovilidad social? ¿Por enemiga sistemática a la necesidad anti-autoritaria y anti-esclavista de los conscientes rebeldes?

¿Para fortalecer por estos medios represivos el principio de autoridad, moralmente en completa

derrota? ¿Para convencernos de que no hay razón más poderosa que la que impone por su brutalidad, el sable, el mauser ó la tranca políciaca y para hacer, por un poco más de tiempo, estable el presente estado de cosas?

Afortunadamente, este proceder y estos medios, solo son convincentes, de momento, cuando no hay posibilidad, por la abrumadora fuerza del número y calidad de los *medios convincentes* en unos, y por la falta de conexión, insuficiencia de espíritu de rebeldía y de consciencia y por la defectuosidad de *medios* también de resistencia en los otros, de que salga la *huésped* súbita é inesperadamente.

Cuando se equilibren estos *medios de convicción*, variarán las circunstancias, y serán otras también las consecuencias de estas luchas de clases.

¿Comprenden los miserables? ¿Entienden los oprimidos? .....

Hace poco tiempo, un escritor militar, desde las columnas de un rotativo madrileño, nos decía, y lo demostraba elocuentemente, que cuando el pueblo se posesione de la utilidad y la trascendencia de la química en las luchas sociales, ó simplemente político-populares, el mauser, el sable, el revólver, la caballería, el ejército todo, quedarán relegados á la impotencia; su fuerza será negativa. Sus efectos terriblemente destructores, serán incalculables.

Las acometidas de los jinetes por calles y plazas, las embestidas de los infantes por las enercujadas y callejuelas y los *Krupps* diminutos, todo lo inutiliza la química.

Los jinetes se desmontan, los caballos y los infantes se tumban á grandes partidas y á los de los *Krupps* se les aleja para que estos disparen solos.

Hé aquí en sustancia lo que decía no hace muchos meses un escritor militar, ó cuando menos, sino textualmente, esa era la sustancia del artículo en cuestión.

¿Qué se propuso al escribir sobre esto?

¿Fue un aviso para todos los satisfechos, ó un cuadro de exposición de táctica para estudio de los indigentes?

Ni lo averiguaré, ni me importa saberlo; sospeché, creí, eso sí, que inocentemente se lanzó una idea grandiosa que difícilmente pasara al olvido. Qué fue una imprudencia que pudiera pesar mucho.

¿Comprenden los miserables? ¿Entienden los oprimidos?

Richard

Barcelona 29 Septiembre 1902.

## El pueblo y la guerra

Los ejércitos son la escuela del crimen, porque en ellos se aprende á matar. Esto es un hecho. Se nos responderá que el ejército es necesario para defender el *suelo nacional* y las *libertades adquiridas*. Nosotros no hacemos más que sonreír á tales embustes. ¿El suelo nacional? ¡Si no pertenece más que á algunos propietarios y estos armarían una gritería en diciéndoles que todo es de todos. ¡Que se les deje entonces arreglarse ellos mismos frente al enemigo; los proletarios no deberían moverse por lo que no les pertenece.

En cuanto á las libertades adquiridas ¿de cuáles se habla? ¿Es de la libertad por los obreros de aceptar las condiciones del patrón bajo pena de verse morir de hambre ellos y sus familias? ¿Es la libertad para los sin trabajo de vagar con el vientre vacío, ó bien de tomar algún pedazo de pan de una panadería, lo que les conduce seguramente á un infecto calabozo? ¿Son estas las libertades adquiridas? Procuremos entonces perderlas bien pronto.

Pero hay aun otra cosa. Solo pueden pensar en una guerra extranjera aquellos que tienen intereses: los capitalistas. Entonces éstos señores son tan peligrosos de un lado como de otro de la frontera.

De aquí se deduce, (nosotros no hablamos de las ordas nómadas primitivas) que nunca el pueblo, los paisanos, los obreros de no importa donde han tenido la idea de invadir, de conquistar un país; estos hechos han sido obra de los gobernantes, ayudados, en verdad, por la plebe ignorante, exaltada y engañada. Las guerras de Napoleón, de 1870, de Filipinas de Grecia y Turquía, de China y de Transvaal, ¿no fueron fomentadas por las autoridades capitalistas, religiosas ó gubernamentales? No se atreverán á negarlo.

## Ecos andaluces

Compañeros de EL PORVENIR DEL OBRERO:  
Salud.

A vosotros ha llegado en ocasiones mil el grito de dolor lanzado por el esclavo moderno. Vuestra condición de obreros os ha permitido no solo ver de cerca las consecuencias funestas de la avaricia burguesa si que también tocar sus resultados. En las columnas de vuestro semanario habéis recogido ese grito, de dolor; pero jamás, jamás digo, sin temor de equivocarme, habéis sentido el quejido tan angustioso, ni el dolor tan profundo del campesino de la región andaluza y principalmente del de Jerez.

Yo he sentido el peso de la explotación y de la tiranía; pero nueva fase de dolor marca esa gangrena social, en los cuerpos del obrero de la serrañía y de la región andaluza toda.

Fuí á Benaocan pueblo de la Serranía donde, debido al continuado trabajo de un puñado de héroes ignorados (porque en realidad en esta escursión voy hallando héroes y mártires que superan en mucho á otros que como á tales los tenemos); debido al esfuerzo, repito, de un puñado de valientes se ha constituido una escuela láica; en ella posamos.

Los niños, con la curiosidad propia de la infancia acudieron todos, rodeándome y al recorrer mi vista uno por uno aquellos tiernos rostros, aquellos demacrados cuerpos infantiles, sentí un dolor tan hondo que exclamé con coraje: ¡Asesinos, asesinos! Si ese calificativo se merecen los infames causantes de aquel cuadro desgarrador que se ofrecía á mi vista.

Figuraos sesenta y pico de criaturitas de todas las edades desde tres á diez años, descalzos en su mayoría, los había que habían perdido sus piecitos su natural forma. Al ver aquellos negros piés deformados pregunté la causa y resulta que lastimándose muchas veces andan de puntitas ó ponen el pié en otra forma por no sentir tan agudo el dolor y así viciados ofrecen el espectáculo expuesto. Sus vestidos sucios, rotos, y en muchos la falta de camisa dejaba ver por los agujeros de la ropa exterior las carnes macilentas. Aquellas criaturitas parecían marchitas flores pisoteadas por grosera pezuña, ya que no sólo eran deplorables sus vestidos, si que también todo su físico; la escrófula se enseñoreaba en ellos; ni uno vi que no estuviese lleno de *pupas* en su cara y cuerpo. ¡Tan hermoso que es el besar de un niño! tan dulce que es aproximar nuestros labios á esos hermosos capullos de la vida! pero aquellas infelices criaturitas no podían besarse... No pudiendo resistir pregunté al compañero profesor ¿por qué no les dices á las mamás que les bañen ó á lo menos las laven? ¡Imposible! me contestó con tristeza. Sus pobres madres están en el campo desde que amanece el día hasta que se pone el sol; vienen del trabajo y han de hervir el *caldo* ó sea cocer unos pimientos y un tomate, y con ese *sustancial* caldo hacen una sopa y se acuestan rendidas; no pueden hacer más...

Ante esa exposición de miseria tanta, repetí con indignación: ¡asesinos! ¡asesinos!

Teresa Claramont

Puerto Real 26 Septiembre.

Un velo tejido de ignorancia, de errores y de preocupaciones, oculta por doquier al hombre el sol del saber.

## La Solidaridad

Todo sér humano vive y prospera en virtud de un principio que le es inherente, y que determina su naturaleza particular; principio no impuesto por ningún legislador divino, sino que, al contrario, es resultado constante de una combinación de causas y de efectos naturales. Y este principio no es en el hombre un alma, según la absurda imaginación de los idealistas, sino efecto del medio en que cumple su existencia real.

Para la especie humana, como para todas las demás especies animales, hay principios que le son propiamente inherentes; y todos estos principios se reducen ó resumen en uno solo, que nosotros llamamos *solidaridad*.

Dicho principio se formula así: «Ningún sér humano puede reconocer su humanidad, y por consiguiente realizarla en la vida, sin reconocerla antes en los demás, y cooperando para que la realicen. Ningún hombre puede emanciparse mientras no procure emancipar á los demás. Mi libertad está en la libertad de todo el mundo; yo no puedo ser realmente libre, y libre no solamente en ideas, sino en los actos, mientras mi libertad y mi derecho no se vean confirmados y sancionados en la libertad y en el derecho de todos los hombres mis iguales.»

La condición de existencia de los demás es para mí un hecho importante, porque el individuo más independiente que pueda imaginarse, ó que me lo parezca por su posición social, sea papa, czar, emperador ó primer ministro, es siempre el producto del estado social en que viven los hombres más humildes. Si éstos son ignorantes, miserables y esclavos, mi existencia está determinada, por su ignorancia, su miseria y su esclavitud.

Yo, hombre ilustre é inteligente, por ejemplo, soy una bestia ante la estupidez de los demás; valeroso, soy esclavo por su servilismo; rico, tiemblo ante su miseria; privilegiado, palidezco ante su justicia; en fin, buscando ser libre, no puedo serlo, si en torno mio los hombres no tienen iguales aspiraciones, y por consiguiente, empujan contra mí los instrumentos de su opresión.

M. Bakounin.

## EL CARBONERO

Se despertó Garráiz y salió de la choza; tomó el sendero que corría por el borde mismo del precipicio y bajó á un descampado del monte, en donde iba á preparar un horno de carbón.

Comenzaba el día; pálidos resplandores iban surgiendo en el Oriente; como hebras de oro en un mar sombrío se destacaban los primeros rayos del sol al herir las nubes.

Sobre los valles se extendía la niebla compacta y densa, como un sudario gris que se agitara con el viento.

Garráiz comenzó su trabajo. Empezó por recoger los troncos de leña más gruesos que había en el suelo formando montones y los colocó circularmente, dejando un vacío en el centro; luego fué poniendo otros más delgados sobre aquéllos y sobre éstos otros, y así continuó su obra, silbando un principio de canción que nunca concluía, sin sentir la soledad y el silencio, que dominaban en el monte.

Mientras tanto el sol ascendía y la niebla comenzaba á rasgarse; aquí se presentaba un caserío en medio de sus heredades, como ensimismado en su tristeza; allá un campo de trigo ya amarillento que tenía sus olas como un pequeño mar; en las cumbres las aliagas doradas brótaban entre las rocas y parecían rebañíos que subían por el monte. Tendiendo la vista lejos se veía un laberinto de montañas, como si fueran olas inmensas de un mar solidificado; en unas la espuma parecía haberse

trocado en la piedra calcárea que las coronaba; otras montañas eran redondas, verdes, oscuras, como las olas del interior del mar.

Garráiz seguía trabajando y cantando su canción. Esa era su vida; apilar leña, cubrirla luego con helechos y barros, y después pegarla fuego. Esa era su vida; no conocía otra.

Llevaba algunos años de carbonero. Tenía veinte, aunque él no sabía a punto fijo los años que contaba.

Cuando la sombra de una cruz de hierro que estaba clavada en la parte más alta del monte, venía a dar en el sitio en que él trabajaba, Garráiz abandonaba su faena e iba a comer a una borda en donde la mujer del contratista les daba de comer a los carboneros.

Aquel día, como los demás, Garráiz bajó por una senda a la hondonada en que se veía la borda, una borda tosca de piedra, con una puerta y dos estrechas ventanas.

—Buenos días—dijo al entrar.

—Hola, Garráiz—le contestaron de adentro.

Se sentó junto a una mesa y esperó. Una mujer le acercó un plato y vertió en él el contenido de una olla que sacó de la lumbre. El carbonero comenzó a comer sin hablar nada, echando de vez en cuando pedazos de pan de maíz a un perro que bullía entre sus piernas.

La mujer de la borda le contempló un momento, y después le dijo:

—Garráiz, ¿sabes lo que decían ayer en el pueblo?

—No.

—Decían que tu prima Vicenta, tu novia la que está en la ciudad va a casarse.

Garráiz levantó los hombros con indiferencia y siguió comiendo.

—Otra cosa peor me han dicho a mí—añadió uno de los carboneros.

—¿Qué?—preguntó Garráiz.

—Que el hijo de Antón y tú, habéis caído soldados.

Garráiz no replicó; pero su cara adusta se obscureció más. Se levantó de la mesa, llenó un cubo con brasas de la lumbre y volvió al sitio en donde trabajaba; arrojó el fuego por el agujero del vértice del horno, y cuando vio las espirales de humo que comenzaban a salir lentamente, se sentó en el suelo al borde mismo del precipicio.

No, no sentía ni tristeza ni cólera porque su novia se casara; le era indiferente; lo que le exasperaba, lo que llenaba su espíritu de una rabia sombría, era el pensar que le iban a arrancar de su monte aquellos de la llanura, a quienes no conocía, pero a quienes odiaba.

—¿Por qué—se preguntaba él—iba a obligarle nadie a salir de allí? ¿Por qué iba a defender a nadie cuando no le defendían a él?—Y sombrío e iracundo empujaba con el pié las grandes piedras del borde del precipicio y las veía caer en el vacío, saltando aquí, rodando allá, arrancando arbustos, hasta desaparecer e irse al fondo del derrumbadero.

Cuando las llamas rompían la coraza de barro y de hierbas que la sujetaban, Garráiz cogía su larga pala e iba tapando con barro los boquetes hechos por el fuego.

Y se deslizaban las horas, siempre iguales, siempre monótonas: la noche se acercaba, el sol descendía con lentitud entre nubes rojas, y el viento del anochecer comenzaba a balancear las copas de los árboles.

Se oía ese grito de los pastores para llevar al aprisco las ovejas, que parece una carcajada sardónica, larga y estridente; se entablaban diálogos entre las hojas y el viento; los hilos de agua al correr por entre las peñas resonaban en el silencio del monte como voces del órgano en la nave solitaria de una iglesia.

Y la noche avanzaba y las sombras en masa subían del valle. Densas humareadas se escapaban del horno y a veces montones de chispas.

Garráiz contemplaba el abismo que se extendía ante él, y sombrío y taciturno enseñaba el puño a aquel enemigo desconocido que tenía poder sobre él, y para manifestarle su odio tiraba hacia la llanura las grandes piedras del borde del precipicio.

Pío Baroja.

## Justicia Distributiva

X\*\*, tendero de comestibles, comparece ante el correccional por haber despachado géneros alimenticios adulterados.

Presidente.—X\*\*, el revisor ha comprobado que vuestro chocolate es un compuesto al que sobra tanto óxido de mercurio y tierra roja como falta de soconusco.

X\*\*.—Sí, señor presidente.

Presidente.—Vuestro café está fabricado con hígado de caballo cocido al horno, polvo de madera de caoba y caramelo; vuestras lentejas las conserváis con sulfato de cobre; vuestra manteca no es más que grasa colorada con plomo; y cuanto a la cerveza, es una mezcla de belladona, cabezas de adormidera, datura de estramonio y de ácido picrico. ¿Es exacto todo eso?

X\*\*.—Exacto.

Presidente.—¿Ignoráis que estos venenos son, en su mayor parte, por extremo violentos?

X\*\*.—¡Diablo! ¡Ya lo creo! ¡La cerveza sobre todo! ¡Yo no bebería un vaso de la mía por todo el oro del mundo!

Presidente.—¿De modo que habéis obrado con premeditación y conocimiento de causa? (X\*\*\* se retuerce el bigote socarronamente). ¿Qué tenéis que alegar en vuestra defensa?

X\*\*\* (con arrongancia).—Tengo que decir que el comercio es la teta alimenticia de una nación, y que nadie tiene derecho a poner trabas a los negocios, que ya van demasiado mal.

A pesar de esta elocuente defensa, el tribunal, usando severidad, condena a X\*\* a cincuenta francos de multa y gastos de juicio.

El tribunal procede al interrogatorio de un malhechor acusado de envenenamiento.

Presidente.—¿Entonces confesáis haber disuelto una caja de cerillas en la sopa de la viuda Bruno?

Acusado.—Media caja nada más.

Presidente.—¡Sea! Gracias a un concurso de circunstancias, que yo calificaría de providenciales, vuestra infortunada víctima ha escapado a la muerte; pero la intención criminal y la premeditación estaban manifiestas. ¿Tenéis algo que alegar?

Acusado.—Únicamente que estoy dispuesto a pagar la patente.

Presidente.—¿Qué patente?

Acusado.—Una patente de tendero, vinatero.... cualquiera; no tengo preferencia por ninguna. (El presidente meneaba la cabeza.) De ese modo, se me castigará con cincuenta francos de multa y los gastos del juicio.

Presidente.—Acusado, no agravéis vuestra situación con bromas de mal gusto.

El tribunal, estimando los antecedentes del acusado, le condena a 20 años de trabajos forzados solamente.

Acusado (filosofando en su prisión).—Tratad de envenenar a una sola persona, y se os condena a veinte años....; envenenad mil, y se os multa en cincuenta francos....; diez mil, y se os condecora.... «Para salir con éxito en este bajo mundo, es preciso hacer las cosas en grande.»

Miguel Thivars.

Una moral positiva y científica no puede hacer al individuo mas que este encargo: Desarrolla la vida en todas direcciones, sé un individuo lo más rico posible en energía intensiva y extensiva; para esto, sé el más social y el más sociable.—GUYAU.

## De Manlleu

Compañeros de EL PORVENIR DEL OBRERO.

Hace ya algunas semanas que las autoridades y la burguesía, servidas por la benemérita, se han propuesto molestar ó reventar a todos los hombres de ideas avanzadas, a todos los que aspiran a emanciparse de la tiranía que pesa sobre los que todo lo producen y nada tienen.

Tomando pretexto de la muerte del burgués Querol, de Ripoll, que fué encontrado muerto de una puñalada, todos los días citan a obreros haciéndoles comparecer ya ante un jefe de policía, ya ante el jefe de Conagell, ya delante del sargento benemérito; y tal vez nos hagan comparecer ante la trinidad Injusticia-Robo-Sinrazón.

Los burgueses, buscan un complot para sacar de esta población a unos cuantos obreros que les estorban en su nefanda obra de explotación. Tienen empeño en hacer figurar como cómplices de la muerte de Querol a algunos obreros; pero se engañan, por más que hagan, por más que nos molesten. Sepa el polizonte, sepa el jefe de Conagell y el sargento de la guardia civil y toda la burguesía que los obreros de aquí no tienen carácter de dar puñaladas; son demasiado pacíficos y acostumbrados a defender a penas su derecho por los medios legales, aunque muchos ejemplos les hayan demostrado que la legalidad es una mentira.

Porque vamos a ver: si hubiese legalidad, si fuese respetada por los que mandan ¿tendrían derecho de molestar a honrados obreros? yo creo que nó. Pero ¿que vamos a esperar de las leyes y de la injusticia imperante? Procedimientos bárbaros y nada más.

El Patronato Obrero (burgués) de que os hablé tiempo atrás está moribundo. Sólo quedan un puñado de obreros inconscientes, perros falderos, traidores por costumbre a sus compañeros de trabajo. Los engañados de buena fé ya están fuera, convencidos de que no puede pactarse con el verdugo que trata de ahorcarnos.

Un obrero

Manlleu 20 Septiembre 1902.

## Reflexiones

(Fragmentos de un artículo).

En Zola el hombre no desmerece del artista. No creía él que el genio exima de la honradez. No creía en la amoralidad del superhombre. No creía que exista una esfera de acción ajena al mérito y al demérito, ni que haya más allá del bien y del mal. Creía buena, candorosamente que, a mayor superioridad, corresponde mayor deber. Nadie ignora a qué extravió le condujo esa creencia. Vivía tranquilo, feliz, rico, estimado, cubierto de gloria, recogiendo, ya en la senectud, el fruto de su labor gigantesca. Sabe que se ha cometido una grande injusticia con un hombre a quien no conoce. Desde aquel día no hay para él dicha ni sosiego. La imagen del desventurado cautivo de la Isla del Diablo le obsesiona y turba su reposo. Y todo lo sacrifica, todo lo arriesga: la paz de su hogar, su popularidad, su fortuna, su vida, por defender la causa del inocente. La populachera vocinglera le maldice, las muchedumbres enloquecidas piden su cabeza, los tribunales de su país le condenan, contra él se concitan todos los odios. Triunfa al fin, pero ¡a costa de cuán grandes amarguras! Y todo eso lo hace (óiganlo los sepulcros blanqueados), sin temor al infierno, sin esperanza del cielo, por pura devoción a la justicia, por puro amor a la verdad. ¿Cuál de entre los dioses de las religiones positivas obtuvo jamás de sus adeptos tan desinteresado culto?

Y vosotros, escribas y fariseos, hipócritas de la religión ó del arte ó del patriotismo, sectarios de la

convención, sacerdotes de la mentira, no os regociéis demasiado ante esa tumba. Ha muerto, sí, el evangelista de la razón; pero antes de morir, su mano potente puso al pie de su vida una rúbrica que dice: *Verdad*. Eso ha sido su testamento, y todos los hombres de buena voluntad somos los albaceas. ¡Santa verdad, redentora del mundo! ¡Dichoso el que contigo viva! ¡Dichoso el que muera por tí!

Alfredo Calderón

## ¡Denunciados!

El lápiz rojo del Sr. Fiscal de la Audiencia de Palma de Mallorca nos ha cogido de sorpresa.

Estábamos acostumbrados a vivir en paz, sin meternos con nadie y sin que nadie se metiese con nosotros. Pero esta vez nos hemos descuidado.

En el número 113 de EL PORVENIR DEL OBRERO, correspondiente al sábado 28 de Septiembre de 1902, en la tercera columna de la cuarta plana insertamos un pequeño recorte del *Heraldo de París* en que se hablaba del General Weyler y de la Cecilia Aznar. Nosotros solo vimos en las palabras de Bonafoux un chiste sin consecuencias y las copiamos porque estábamos lejos de sospechar en ellas la malicia que ha visto el Sr. Fiscal. Ignorábamos que el General Weyler fuese como las doncellas de los antiguos dramas caballerescos, cuyo honor se manchaba con el aliento, como se empaña el cristal de un espejo.

No nos gustan las denuncias; hemos procurado siempre evitarlas; y por eso no hemos dicho nunca lo que pensamos de ciertos personajes, Weyler el primero, porque sabemos bien que todas nuestras opiniones respecto de ellos son denunciadas. Tampoco nos habíamos permitido copiar lo que del mismo Weyler se dijo en todos los mítins celebrados en el extranjero durante el periodo de agitación en favor de los boers, mítins que la prensa española no pudo reseñar íntegramente, por las mismas razones de prudencia.

A pesar de tantas precauciones, hemos acabado por caer en el lazo. Por un momento nos olvidamos de que vivimos en la Turquía del occidente, peor que la otra, porque aquí nos engañan con falsas apariencias de liberalismo.

## EMILIO ZOLA

*Ha muerto en París el gran artista literario que supo unir la verdad con la belleza como no había podido lograrlo ninguno antes que él.*

*Los que le conocieron desde el principio admiraron su observación profunda. Nosotros aprendimos a conocerle en Roma, en Fecundidad y en Trabajo y hemos amado al poeta que ha entrevisto el porvenir feliz de la humanidad libre.*

*Todos reconocimos su talento, pero en el asunto Dreyfus, demostró que poseía también un gran corazón.*

*Emilio Zola ha muerto; su obra no morirá nunca.*

## La práctica del Evangelio

Los católicos de Villa-Carlos realizaron el domingo anterior (día 5) una hombrada, que es de suponer les valdría un buen puñado de indulgencias. He aquí como relata el hecho *El Liberal* del lunes.

«Paseaban ayer tarde no sabemos qué santo ó virgen en procesión, cuando acertaron a pasar, á la vez que otras personas, dos jóvenes obreros, uno de Mahón y otro del mismo pueblo. Nada tenían que ver éstos dos

jóvenes con aquel acto del culto católico, ni de ninguna manera demostraron intención de cometer desacato ni de ofender las ajenas creencias. Se limitaban á pasar indiferentes, cuando, de pronto, se lanzaron contra ellos unos cuantos clericales que iban en la procesión, con afeinados descompuestos, amenazándoles con bastones y arrojando injurias por aquellas bocas que quizá en la mañana del mismo día se habían acercado á la sagrada mesa.

«Los dos jóvenes, sorprendidos por la inesperada agresión y viéndose rodeados por aquella manada de hombres religiosos, no trataron de defenderse, ni contestaron á los insultos, limitándose á recoger del suelo las gorras que los mansos corderos de Cristo les habían derribado á manotadas.

Las víctimas del atropello fueron nuestro director y otro querido compañero.

De lo expuesto se deduce que los católicos de Villa-Carlos son unos valientes, capaces de imitar el arranque aquel de San Pedro cuando cortó una oreja al soldado romano, con la diferencia de que para San Pedro cantó pronto el gallo, mientras que á sus discípulos les faltó el tiempo para cantar de gallina, en cuanto se encontraron á solas con los que habían ofendido cuando eran muy superiores en número.

Sus creencias religiosas—asi lo dijeron—les obligan á perdonar las injurias... cuando hay peligro. En cambio, esas mismas creencias les permiten preferirlas, cuando tienen la fuerza del número. Asi son los católicos villacarlinos.

Nuestros amigos usaban de un derecho perfectamente legal no descubriéndose al paso de la procesión. Las prácticas del culto católico serán obligatorias para los católicos y aun esa obligación es puramente religiosa; pero para los demás de ningún modo.

Si quieren alegar como razón el mutuo respeto que nos debemos todos, les contestaremos preguntando ¿cómo respetan ellos á los demás?

Los católicos son siempre los que se oponen á la libertad y á la tolerancia. Del matrimonio civil, que es ley establecida, dicen que es un *amancebamiento*; sus periódicos son los más escandalosos por su lenguaje difamador; en el púlpito de sus iglesias se proferen continuas maldiciones contra los liberales; de la masonería, hoy tan conocida en sus ceremonias y conocidos también los que de ella forman parte, han dicho y continúan diciendo inverosímiles calumnias. En nuestro país, católico es sinónimo de intransigente y de violento, y si les fuera posible restablecer la Inquisición con todos sus horrores, lo harían. ¿Cómo se atreven á hablar de respeto y de cultura?

Si los que se llaman católicos fuesen sinceros, si en realidad obrasen de conformidad con los preceptos evangélicos ¿se separarían de ellos los pueblos? ¿se verían abandonados y aborrecidos? Si esto les sucede es porque el pueblo les oye y les vé, y compara sus acciones con sus palabras.

La iglesia católica se desmorona porque le van faltando los creyentes. Ya la cosa no tiene remedio; y los que de la iglesia viven y los que pretenden servirse de ella como instrumento para encumbrarse y dominar tendrán que resignarse.

No nos gusta tener que hablar de religión. Es una cuestión ya resuelta en el terreno de las ideas. Pero los mismos católicos nos obligan con sus intemperancias. Si fuesen prudentes, procurarían callar y conservar las pocas ovejas que quedan en el redil, pues cada conflicto que promueven les resulta contraproducente. Se desengañan algunos, y los que se van ya no vuelven.

Con el de ahora solo han conseguido que todo el pueblo sepa que no es obligatorio el descubrirse cuando pasa una procesión. Ya tendrán ocasión de hacerse cargo.

*No hay hombre sobre la tierra más odioso y más vil que el que dá limosna, y nadie más desdichado que aquél que la recibe.—MÁXIMO GORKI.*

## El trabajo manual escolar en el Japón

El gobierno japonés hace grandes esfuerzos y emplea cuantos medios están á su alcance para introducir de un modo regular la enseñanza del trabajo manual en las escuelas elementales.

Para conseguir su objeto ha ordenado reuniones de profesores del trabajo manual y maestros de primera enseñanza, celebradas en Tokio, en la Escuela industrial del gobierno, con el objeto de que estos últimos recibieran instrucciones y órdenes para la implantación del trabajo. El resultado de las primeras fué feliz, y desde entonces se repiten esas reuniones y conferencias con el mismo objeto.

De año en año aumentan los talleres escolares en Japón. Por disposiciones del ministro de Instrucción pública de aquel país, se reunieron colecciones de trabajos de los alumnos y se remitieron á París con motivo de las dos últimas exposiciones allí celebradas, donde han podido verse prácticamente los progresos de un pueblo que no quiere vivir estacionado.

## EL MENDIGO

Pidiendo de puerta en puerta  
vá siempre el pobre mendigo,  
sin encontrar ningún ser  
en su penoso camino  
que con algo le socorra,  
mostrándose compasivo,  
Todos desoyen sus ruegos,  
ninguno le presta oído;  
¡la compasión es moneda  
que no circula de fijo  
en este planeta infame  
en que nosotros vivimos!  
Todos suelen rechazarle,  
todos le dicen lo mismo:  
—¡Hermano, Dios te socorra,  
nada llevo en el bolsillo!  
Y al acercarse la noche  
apenas si há recogido,  
algunas tristes monedas  
el desgraciado mendigo.  
Con ellas luego, comprar  
puede solo un panecillo  
que no satisface el hambre  
de su estómago vacío;  
pán que el infeliz se come,  
casi siempre, humedecido  
con lágrimas que derrama  
al pensar triste, afligido,  
que es para él, solo la vida  
un prolongado martirio.

La sociedad que tolera  
que haya en su seno mismo  
infelices que no coman,  
desventurados mendigos,  
debe tener, cual Sodoma,  
justo y pronto su castigo;  
debe hundirse cuanto antes  
de la nada en los abismos.

Málaga. Rodrigo Millán.

## CORRESPONDENCIA

- MANZANARES.—G. M. D. Recibimos hojas—Duro, duro!
- BARCELONA.—G. S.—Enviamos dos paquetes y anotamos pedido folleto "Donde está Dios?"—Escribiremos.
- ADRA.—J. E. G.—Enviamos 6 ejemplares.—Dinos si está bien.
- TRUBIA.—R. A. Hemos enviado siempre el periódico. Sabiendo los ejemplares que habeis recibido podeis calcular lo que adeudais.
- BILBAO.—M. L.—Enviamos folleto enseguida que esté impreso.
- LÉRIDA.—C. S.—Recibidas pts. 1'05—Tomamos nota encargos. Avisa si no se reciben nuevas suscripciones.
- LOS BARRIOS.—J. S. R.—Recibimos folletos.—Escribiremos.
- VALENCIA.—"El Corsasio"—Conformes.
- LINEA DE LA CONCEPCIÓN.—V. Z. Recibidas 5 pts. para "El Porvenir del Obrero" y 5 para "Libre Concurso."—Escribiremos.
- INCA.—E. P. Recibimos 3 pesetas. Hemos enviado el periódico siempre que se ha publicado.
- BARCELONA.—J. M. G. Recibido 1'05 pesetas. Servimos pedido.
- VALLS.—S. C. Anotado pedido "¿Donde está Dios?"
- SEVILLA.—F. R. Circular y periódicos fueron repartidos como se indicaba. Esperamos reseña del acto.
- GALLARTA.—M. E. Cuenta los paquetes que has recibido, á 1 peseta los 30 ejemplares.

B. Fábregues, imp. Nueva, 25.—Mahón  
Talleres: San José, 69.